



A large, stylized signature in grey ink, positioned on the right page of the book. The signature is enclosed within two parallel red diagonal lines that run from the top right towards the bottom left.

**Gustavo Agrait**

**RELATOS FAVORITOS**

**José A. Buitrago**

**LAS CASAS DE MUÑOZ**



*Encarnaban en Don Luis Muñoz Marín las más altas virtudes: compasión humana, desinterés de lucro personal, dedicación a las causas nobles y una innata y profunda honradez. Estas virtudes han sido y deben seguir siendo motivo de inspiración para todos los puertorriqueños.*

*Al morir, Don Luis deja, a través de sus ejecutorias, ejemplos de lo que son y deben de ser los verdaderos valores para todos los puertorriqueños --independientemente de consideraciones políticas.*

*La Fundación Luis Muñoz Marín fue creada con el fin de preservar, difundir y fortalecer estos valores, de tal suerte que los puertorriqueños de hoy y del mañana, podamos gozar de una sana y justa convivencia social; como se logró bajo su liderato y su inspiración.*

*La Fundación Luis Muñoz Marín se propone llevar a cabo esta tarea auspiciando una serie de proyectos y actividades educativas --concebidas y ejecutadas en un contexto no político-- que propendan a destacar el pensamiento de Don Luis Muñoz Marín como lo que fue: ejemplo de virtud ciudadana para todos los puertorriqueños.*

#### NOTA

Gustavo Agrait y José A. Buitrago fueron amigos entrañables.

Colaboradores allegados a don Luis, ambos tuvieron ocasión de observar de cerca su recia personalidad y su fina sensibilidad.

Estos artículos inéditos recogen algunas de sus observaciones.

## RELATOS FAVORITOS

por Gustavo Agrait

Luis Muñoz Marín fue uno de esos raros casos que se manejan con igual soltura y habilidad en todos los usos posibles del lenguaje. La palabra, ya escrita ya hablada, fue suya. Suyos fueron también otros empleos más particularizados de la lengua, desde el discurso tan persuasivo que puede demoler o construir hasta el dicho ingenioso que es caricia para la inteligencia y regalo para el espíritu.

Hubo, además, el Muñoz conversador, señor del lenguaje moviéndose con soltura y elegancia espontánea y gracia natural en tertulias en las que predominaba el tono menor, sin pretensión de monopolio, ni siquiera dominio de la conversación.

Una subdivisión de lo dicho en el párrafo anterior es el don del relato, del saber contar. En español no parece que tengamos palabra específica para ese arte que no puede aprenderse, que se tiene o no se tiene. Los franceses sí cuentan con la palabra específica para referirse a ese don: raconteur. Se aplica a quienes de un relato hacen una pequeña obra de arte. Luis Muñoz Marín fue un extraordinario raconteur.

Había unos cuentos que Muñoz no se cansaba de repetir. Los cuatro recogidos aquí eran de éstos. Los escuché de sus labios muchas veces. Nunca me cansé de oírlos y su recuerdo me acompaña desde entonces. El propósito de publicarlos así reunidos no es ni podría ser, por supuesto, pretender revivir con palabras escritas el significado y valor que alcanzaban cuando se escuchaban en la voz de Muñoz Marín.

El propósito más bien es dar indicio de la justificada debilidad de don Luis por los desvalidos campesinos puertorriqueños a quienes don Luis trató de redimir de la circunstancia adversa en que se debatían. Forma parte del propósito también demostrar con cuatro ejemplos reales y concretos que cuando don Luis hablaba de lo mucho que los jiberos le habían enseñado, ni poetizaba ni inventaba.

## EL CASO DE LAUREANO TRINIDAD

Luis Muñoz Marín siempre tuvo debilidad por los huertos. Viviendo en Isla Verde, un lugar muy bonito, cercano al mar, tenía un huerto. Y por eso tuvo oportunidad de conocer a una persona extraordinaria que se llamaba Laureano Trinidad y era de edad muy avanzada. Laureano iba todos los días a trabajar en el huerto de la casa de don Luis. Trabajaba duro, bien y con gusto. No sabía leer. Pero su vieja sabiduría y su sentido de caridad suplían con creces esa deficiencia, decía Muñoz.

Laureano Trinidad no podía recordar haber sido niño nunca. Desde donde arrancaba su memoria había sido responsable de sostenerse con su propio trabajo. Quién sabe si por eso compartía todo su tiempo y sus escasos bienes con sus prójimos. Y no se trataba de muchos bienes ya que su más ostensible propiedad era una cabra.

El año 1942 el huerto de los Muñoz, gracias a los trabajos y desvelos de Laureano, produjo una enorme cosecha de tomates, berenjenas, lechugas, ñames, rábanos y batatas. Como todo aquello bastaba y sobraba para el consumo familiar, los Muñoz ese año hicieron multitud de regalos vegetales entre sus vecinos y amistades. Se les ocurrió también compartir las semillas sobrantes de modo que en poco tiempo pudiese haber muchos huertos como el suyo. Una tarde don Luis y doña Inés fueron a hablar con Laureano Trinidad sobre esto, lo que fue fácil porque todavía se encontraba atendiendo el huerto. Dijo don Luis:

“ Laureano, nos gustaría recoger todas estas semillas que sobran para invitar a los vecinos a que nos visiten para que aprendan a sembrarlas como aquí se ha hecho. Así podrán tener huertos como éste. Y cuando tengan su cosecha podrían hacer un banco de semillas para beneficio de todos. Poco a poco, con el buen ejemplo de este huerto, podrán cultivar más y mejores productos y quien sabe si podrán llegar a vender sus sobrantes, o sea, que podrían llegar a formar una pequeña cooperativa . ”

“ ¿ Y qué es eso ? ”

“ Una cooperativa, una cooperativa agrícola , ” aclaró doña Inés.

“ ¡ Ah ! ya caigo. Conque así lo llaman ahora... Es un buen nombre... un nombre muy bueno. ”

“ ¿ Y cómo se llamaba antes, Laureano ? ” - preguntó don Luis.

“ Amor al prójimo ” - contestó Laureano Trinidad.

## EL CASO DEL CONTRIBUYENTE VOLUNTARIO

Un día entró en las oficinas del Partido Popular Democrático un hombre de más de cincuenta años vistiendo un flus de hilo blanco un tanto raído, pero inmaculadamente limpio y planchado. Preguntó por el Tesorero del Partido identificándose como “ un popular ”. Le entregó dos dólares y un tanto ceremoniosamente pidió un recibo. Después anunció que cada mes regresaría a traer una contribución igual. Alguien le preguntó qué lo había llevado a contribuir al Partido sin que nadie lo hubiese requerido. Su contestación fue, como su contribución e indumentaria, parca, pero expresiva. Se encogió de hombros en señal, posiblemente, de extrañeza y luego dijo: “ Creo en este Partido. Tengo derecho a contribuir a sus fondos. ” El Tesorero, si intrigado por la respuesta, no lo demostró y mantuvo la imperturbabilidad de expresión que alcanza la gente que tiene problema de enfrentarse a egresos crecientes con ingresos menguantes. Y esperó lo mejor. Y lo mejor ocurrió.

El donante voluntario regresó al mes siguiente y entregó sus dos dólares. Por tres años lo siguió haciendo con regularidad ejemplar e inusitada. Llegó a ser figura familiar y querida por todo el personal de la oficina. Hombre reservado, nunca reveló su ocupación. Más que él hablaban sus ropas gastadas, pero siempre limpias y cuidadas. De ellas se podría deducir que se trataba de un hombre trabajador y cumplidor que había alcanzado un fino equilibrio que lo colocaba al amparo del descenso, pero muy lejos del ascenso. Su circunspección y reserva hacía presumir, además, que era tipo rural más bien que urbano.

Poco a poco se fue descubriendo que el contribuyente voluntario era dueño de un cafetín. No hay que decir al público puertorriqueño lo que es un cafetín, aunque tratar de definirlo o explicarlo a un extranjero, más que labor de puertorriqueños, resulta infructuosa labor de romanos.

Súbitamente el contribuyente voluntario no se presentó ni el día ni a la hora que se le esperaba. Esto ocurrió sin síntoma previo; simplemente dejó de venir. Para la oficina aquello fue como si un viejo y leal reloj de pared inesperadamente se hubiese detenido. ¿ Enfermo ? ¿ Mudado ?, quizás. ¿ Muerto ? Pero como suele ocurrir con las cosas humanas, al cabo de seis o siete meses el contribuyente voluntario dejó de pesar en la memoria de la oficina. Quien sabe si la excepción hubiese sido la del atribulado y hermético Tesorero que siempre hubiese tenido justificado empleo para dos dólares al mes.

Tan inesperadamente como había desaparecido, el contribuyente voluntario apareció un primer día de mes a la hora acostumbrada, luego de un año de ausencia. En esta ocasión su indumentaria estaba, si cabe, aun más limpia y planchada, pero también más raída. Se podía ver, si es que se tenía buena vista para percatarse de las maravillas que son capaces de hacer en ese campo los primorosos dedos de la mujer puertorriqueña, que los pantalones tenían más zurcidos que cuando dejaron de verlo hacía un año. Aunque parecía el mismo un buen observador hubiese podido notar cierta timidez y encogimiento de su parte. Su inexplicada ausencia podía ser el motivo, pero más probablemente lo era la circunstancia de que ahora no podía contribuir dos dólares, sino uno. Alguien, providencialmente, lanzó la palabra exacta, tocó el resorte justo y así logró que quien se iba a retirar sin explicar su prolongada desaparición y la mengua de su donativo mensual, bajase la guardia y brindase el resto de la historia.

Los meses pasados habían sido un infierno. Para empezar, su negocio había desaparecido literalmente en un abrir y cerrar de ojos y había tenido que volver a establecerlo en otro lugar. Lo mejor es dejar hablar al contribuyente voluntario:

“ Ha sido muy duro. Imagínense, yo había tenido ese cafetín en la carretera entre Río Piedras y Caguas cuando menos por veinticinco años. Yo había nacido por ahí y todo el mundo me conocía y yo conocía a todo el mundo y por años de años tuve los mismos clientes. Un día comenzaron a hacer un hoyo tremendo para una nueva carretera y me dijeron que tenía que sacar el cafetín del medio porque la nueva carretera le iba a pasar por encima. Una semana me dieron para hacerlo y si no lo hacía en ese tiempo los empleados del gobierno lo tumbarían. Así, mudé todo lo que pude para mi casa, vendí lo otro que pude a mis vecinos y entonces ayudé a los del gobierno a tumbar mi viejo cafetín. No me fue fácil. Después de tantos años uno termina por cogerle cariño hasta a las tablas y clavos. Yo no podía dejar que aquella gente destruyese mi cafetín, por eso los ayudé.

“ Llegó un momento en que ni siquiera tenía para comprar comida para la familia. Por eso dejé de traer dinero al Partido. Pero ahora las cosas van mejorando, no están como antes, pero mejoran. Tengo otro cafetín en otro sitio y me voy haciendo de clientes. Pero ahora no puedo darle más de un peso al Partido, pero vamos a tener esperanzas en que pronto pueda volver a darle dos.”

Alguien le contó esto al Tesorero quien pidió que la próxima vez que el contribuyente voluntario volviese lo llevaran a su oficina. Así ocurrió y el diálogo, ceñido al tema que interesa, fue más o menos el siguiente:

“ Amigo, ¿ usted sabe quién arruinó su negocio ? ”

“ El gobierno. ”

“ Sí, el Gobierno, pero usted sabe que el Gobierno lo controla un partido. ¿ Usted sabe qué partido controla el Gobierno ? ”

“ ¡ Claro ! El nuestro, el Popular. ”

La última contestación que fue dada con gran satisfacción y regocijo por el contribuyente voluntario provocó, naturalmente, la siguiente pregunta del Tesorero: “ Y por qué usted contribuye al Partido si el Partido le arruinó su negocio ? ” El contribuyente voluntario titubeó un poco ante esta pregunta porque parece que nunca antes se le había ocurrido plantársela. Pero no tuvo real dificultad en contestarla:

“ Sí, es verdad que el Partido destruyó mi cafetín. Pero lo destruyó para ayudar a la gente. Usted debiera ver la vida que está saliendo de por ahí. La vida ha cambiado. Hay más bienestar. Es más fácil para la gente llegar a la plaza del mercado de Río Piedras. Y también es más fácil y seguro a los niños llegar a la escuela. ¿ No está usted contento con que todo esto haya ocurrido ? ”

Por si acaso algún lector está interesado en saber en qué paró la suerte del contribuyente anónimo - porque su nombre se extravió y nadie lo ha podido recordar - bien vale añadir la siguiente información. Llegó a poder donar de nuevo dos dólares mensuales al Partido. De hecho, al cierre de una campaña, entregó, por encima de su acostumbrada cuota, cinco dólares. Con transparente satisfacción ofreció dos razones: el negocio va mejor que nunca y es año de elecciones y “ lo otros ” han contado siempre con muchísimo dinero.

Luis Muñoz Marín por lo general remataba el relato que acaba de verse diciendo que él estaba seguro que el contribuyente voluntario nunca supo ni el valor ni la naturaleza de su real aportación al Partido, y que precisamente en esa generosa ignorancia residía su grandeza.

## UNA DEFINICION DE LIDERATO

En los años de organización del Partido Popular, Luis Muñoz Marín no dejó ciudad, pueblo, aldea ni barrio rural que no visitase. Bien que la escasa extensión del país -- 8,896 kilómetros cuadrados -- pueda hacer pensar fácil el hecho, mas no lo fue. Ni el número ni la calidad de las carreteras y caminos eran los de hoy día y había trayectos que sólo podían transitarse a caballo, y otros, sólo a pie. Por otra parte, independientemente de lo incómodo y agotador que aquellas visitas resultasen, no hay duda que constituyeron, por derecho propio, una proeza. Y esto por dos razones: lo descabellado que ese gesto ha debido parecer en aquellos tiempos, la primera; y la segunda, la alteración radical que aquellas conversaciones con los campesinos por todos los bateyes de Puerto Rico habrían de surtir en los usos políticos del país.

A nadie se le había ocurrido antes que para asegurar el voto de los campesinos fuese necesario o conveniente hablar con ellos. Lo usual era hablar con sus amos quienes se ocuparían el día de las elecciones de que votasen como debían o de achiquearlos como bestias para que no votasen en absoluto. Pero Muñoz decidió que era mejor hablar con los jíbaros. El país vino a darse cuenta de que algo revolucionario había ocurrido cuando, por ejemplo, en uno de los distritos más feudales de toda la isla, las tres familias más acaudaladas juntaron propósito y recursos para asegurarse de la derrota electoral del nuevo partido, pero resultaron derrotados.

Don Luis, gracias a sus vueltas y revueltas por todo el suelo puertorriqueño, visitando bohíos y compartiendo la pobre mesa de los jíbaros, logró familiarizarse no solamente con su penuria y sus frustraciones, sino también con sus sentimientos y pensamientos. Así llegó a ser el puertorriqueño que mejor conoció y, por consiguiente, que más aprendió de su pueblo. Fue un hombre de la montaña, cuyo nombre nunca supo, quien le reveló a don Luis mejor que los universitarios, académicos y tratadistas -- según decía -- que el ser líder implica carga y responsabilidad y no privilegio. Don Luis se complacía en relatar el caso.

Un día Luis Muñoz Marín, después de haber hablado en tres actos políticos, llegó a pie a un remoto y aislado paraje donde habría de participar en otro. Era natural que llegase cansado, por no decir rendido. Ya la tarde estaba avanzada, el acto había comenzado y alguien le hablaba a las cincuenta personas, más o menos, allí reunidas. Muñoz se sen-

tó en una gran piedra confiado en que mientras llegaba su turno tendría tiempo para descansar y recuperarse. Su necesidad de descanso le hizo ser más optimista de lo que justificaban las circunstancias porque tan pronto lo vieron abandonaron al orador y se arremolinaron en torno a la piedra donde pensó descansar.

Varias veces trató de que lo dejaran solo y regresasen a escuchar a quien hablaba. Nada logró. Finalmente, perdida ya casi su paciencia -- que a decir verdad era de muy corta mecha en aquel entonces -- les pidió que lo dejaran respirar libremente y en paz por unos minutos. Tampoco ocurrió nada, si acaso que el cerco humano se estrechó un poco más. Con lo que la paciencia se batía en retirada con la proverbial impaciencia de Muñoz. En el preciso instante en que la segunda estaba a punto de imponerse a la primera Muñoz sintió que una mano se apoyaba en su hombro. Volvió el rostro y vió el de un hombre de alrededor de cuarenta años, enjuto, de ojos azules; tipo bastante corriente en los pueblos y campos de la cordillera. El estallido que pudo ocurrir, no ocurrió y don Luis escuchó en silencio y con recogida atención el mensaje que le llegaba de boca de aquel humilde compatriota que podría ser indoc-to, pero sin duda profundamente sabio:

“ Mire, don Luis, todos lo queremos mucho. Usted lo sabe. Todos lo respetamos. Todos tenemos mucha fe en usted. Por eso es que lo hemos escogido como nuestro líder. Usted lo sabe. Así que jódase. ”

Decía el propio don Luis cuando comentaba este relato, que tanto complacía hacer, que fueron las tersas y sencillas palabras de aquel compatriota cuyo nombre no sabía las que en verdad le hicieron entender la naturaleza del liderato y, en particular, la relación que debe existir entre el líder y su pueblo. Aquel jíbaro -- decía Muñoz -- supo ver claramente que la autoridad del líder sobre los que lo siguen radica en que éstos lo han “ escogido ” como su líder. Que esto luego se traduzca en términos electorales no es lo importante. Lo importante es que en el “ escogido ” vean cualidades que merezcan el cariño, el respeto y la fe de quienes lo hayan escogido como tal líder. De donde deriva naturalmente que el liderato, más que mando es servicio, y más que privilegio y poder es responsabilidad.

## EL CASO DE ANDRES PINTO

Un año después del Partido Popular haber ganado sus primeras elecciones, un campesino fue a ver a Luis Muñoz Marín a la pequeña casa de campo en que vivía en las afueras de Río Piedras. Se trataba de un jíbaro muy viejo que había alcanzado esa recatada y madura dignidad que tantos de los pobladores de nuestros campos adquieren con el paso de los años.

Venía a pedir trabajo. Interesaba ser nombrado peón caminero en un sector rural de la municipalidad de Trujillo Alto, donde residía. Dijo que necesitaba "desesperadamente" ese trabajo para suplementar el modesto ingreso que obtenía de una finca pequeñísima de la cual era propietario y que trabajaba con su familia. Los jíbaros tienen muchas virtudes; una de ellas, que son veraces y no son amigos de hacer historias tristes y plañideras para ganar favores. Andrés Pinto le dijo a don Luis que en circunstancias normales no necesitaría ni estaría pidiendo tal empleo. "Pero las cosas no están normales ahora en casa," añadió.

El hijo mayor de Pinto y su mano derecha en el cultivo de la tierra familiar había desarrollado tuberculosis. Se le había internado en un sanatorio donde sanó y había sido dado de alta, pero la advertencia que los médicos le habían hecho era precisamente lo que había llevado a Pinto a casa de Muñoz Marín. El hijo estaba bien, pero necesitaba seguir una dieta especial, rica en leche y huevos, para evitar una posible recaída. Esa dieta no podía proveerla Andrés Pinto sin un aumento en sus ingresos. En su lenguaje sencillo y lleno de giros y palabras obsoletos hoy, aunque corrientes en clásicos españoles como Cervantes y Santa Teresa, explicó que la única forma en que podría cumplir con la recomendación médica sería reduciendo la dieta del resto de la familia. No había duda que lo que se escuchaba era la verdad y don Luis le dijo que aunque raras veces, si alguna, recomendaba personas para cargos públicos, estaba dispuesto a hacer una excepción en su caso. Pinto salió contento y en lo que toca a Muñoz Marín al día siguiente llegó al funcionario concernido el recado de ver si era posible nombrar a Andrés Pinto peón caminante.

Pasaron muchos años, tantos que Luis Muñoz Marín llegó a olvidarse de Andrés Pinto y lo que con él había hablado. En unas Navidades le llegó la noticia de que Pinto quería hablar con él de nuevo. Se concedió la entrevista y Andrés se veía como de costumbre y comenzó hablando de diversos asuntos que nada tenían que ver con lo que había hablado en su primera entrevista con don Luis. Súbitamente pregun-

tó si don Luis recordaba el empleo que le había pedido y la enfermedad del hijo. Decía don Luis que ante esas preguntas se revivió detalladamente en su memoria el caso de Andrés Pinto y le había preguntado por la salud del hijo y si estaba contento con su trabajo como peón caminero. A esas preguntas Pinto contestó que su hijo seguía lo mismo, posiblemente un tanto mejor, y luego, sin el menor asomo de rencor o queja, informó que el nombramiento no lo había recibido nunca. Y así, sin necesidad de más palabras, Luis Muñoz Marín supo que durante esos años Andrés Pinto y su familia se había estado literalmente quitando pan de la boca para alimentar al hijo enfermo. Muñoz deploró como correspondía lo ocurrido y le prometió que esta vez se ocuparía de llevarle el nombramiento personalmente a modo de aguinaldo. Tan pronto recibió el nombramiento don Luis fue al barrio de Pinto y preguntó a unos vecinos si lo conocían y podrían mandarle recado de que fuese a encontrarlo en casa de un amigo en Trujillo Alto. Así fue que Luis Muñoz Marín llegó a averiguar cosas interesantes sobre Andrés que nunca éste le había brindado por su cuenta ni a Muñoz se le había ocurrido preguntarle.

Todo el mundo en el vecindario sabía quien era Andrés Pinto y estaban de acuerdo en que era el mejor "popular" del barrio y aun del distrito completo. Se pasaba haciendo campaña por el Partido Popular y en particular por don Luis Muñoz Marín; era quien se ocupaba de distribuir EL BATEY -- el órgano oficial del partido especialmente escrito por el propio Muñoz Marín -- llegando incluso a leerse a los compañeros y amigos que no pudiesen hacerlo por su cuenta.

Pinto llegó al lugar del encuentro en poco tiempo. Con su acostumbrada dignidad saludó a don Luis quien le hizo entrega del nombramiento. Era obvio que se alegraba mucho de recibirlo, aunque no hubo ninguna expresión exagerada de su júbilo. Sus "muchas gracias, don Luis" fue un magnífico modelo de austeridad verbal. Comenzaron a hablar y Muñoz le dijo de lo que lo alegraba saber que era tan buen popular. Pinto, dentro de su natural reticencia y circunspección, aceptó que era un buen popular, leal seguidor de Muñoz y firme creyente en la ideología del Partido Popular. Fue Andrés quien dió un nuevo sesgo a la conversación preguntándole si recordaba la primera vez que se habían visto y don Luis mencionó la visita que le hiciera para pedirle empleo, pero resultó que estaba equivocado como se podrá ver de la rememoración de Andrés Pinto que a continuación se transcribe:

“ No no fue ahí. Fue muchos años antes, frente a mi casa, donde usted celebró una reunión cuando estaba organizando el Partido. Usted preguntó quién era el más viejo de los allí reunidos y yo levanté la mano. Entonces me preguntó que cuantas veces había votado y yo le contesté que como diez veces. Y me hizo otra pregunta, que si había visto algún cambio para bien en mi vida y en la de mis conocidos bajo algunos de los gobiernos por los cuales había votado. Y le tuve que decir que ninguno. Entonces fue que me pidió prestado mi voto; diciéndome que no perdería nada si usted nos fallase como nos habían fallado los gobiernos anteriores. Y nos pidió que pensásemos en lo que podría ocurrir si no nos fallaba y cumplía, como se proponía, su palabra. Aquello me pareció razonable y decidí allí mismo prestarle el voto. Es más, después visité amigos y conocidos para pedirles que hiciesen lo mismo. Parece mentira, pero quien resultó el hueso más duro fue mi mujer, pero también le prestó el voto. Después de las elecciones supimos que usted nos estaba cumpliendo la palabra. Conseguimos mejores salarios, se protegió el derecho a unionarse, se abrieron nuevas escuelas, hospitales y carreteras también. Y cuando vi que los campesinos estaban recibiendo parcelas de las que podían sacar su sustento y de las que nadie podía sacarlos, me volví más popular que nunca antes. ”

Mientras Pinto hablaba don Luis escuchaba con profunda atención y simultáneamente una idea le daba vueltas en su cabeza. Y tan pronto como Pinto puso fin a su inusitadamente extenso parlamento, Muñoz Marín lo interpeló:

“ Ahora bien, Andrés, hay algo que no entiendo. Es cierto que cumplí después de las elecciones mi palabra empeñada al pueblo, pero no es menos cierto que en lo que a ti toca fallé totalmente. Tu experiencia fue que yo en persona te ofrecí un nombramiento y no te lo conseguí. ¿ Cómo pudiste votar y seguir defendiendo a una persona que no te cumplió la palabra que te había dado ? ”

Claramente Andrés Pinto no esperaba semejante pregunta. Se rascó la cabeza un tanto aperplejado y él, a quien si bien nunca le sobraban las palabras, nunca le faltaban, parecía no encontrarlas en esos momentos. Finalmente dijo: “ Es verdad que usted no me cumplió la palabra que me dió. Pero yo era sólo uno. ¿ Y el resto ? ”

## LAS CASAS DE MUÑOZ

por José A. Buitrago

La Fortaleza no, de donde se fugaba cuantas veces le era posible, unas veces para Trujillo Alto, otras hacia las montañas de Jácome y, de vez en cuando, rumbo al balneario de Luquillo, a la playa de El Convento o al Yunque.

Entiendo por las casas de Muñoz aquellas en cuya selección -- más bien debiera decirse adopción -- él participó. Todas tuvieron unos rasgos en común: arboleda, espacio verde por donde caminar, atmósfera rústica, animales domésticos, agua, tranquilidad, comodidad sencilla, libros y música.

La primera de este canon estaba en la carretera, más bien camino, que sube a Treasure Island cuando esta finca y parador pertenecía a Elmer Ellsworth. Era una casa bastante pequeña, de madera, cobija de zinc de dos aguas, con verdes alrededores. Casa casi típica de campo, no de veraneo, sino de vivir y trabajar, como las de tantas familias campesinas de recursos, no abundantes, pero tampoco míseros.

Aquella casa fue el lugar de reposo de los años en que Muñoz, con muy poco descanso recorría todo el país sembrando la semilla del Partido Popular Democrático hasta en las más inaccesibles sínsoras, penetrando a veces aun en aquellos enclaves del feudalismo, como los de ciertas centrales donde le estaba prohibida la entrada por los mandatarios de la empresa.

En Treasure Island tuvieron lugar algunos de los actos y actividades más memorables con que se fue cuajando el movimiento. Hubo seminarios de capacitación para los jóvenes -- y muy pocos no lo eran entonces -- a los fines de prepararlos para difundir el mensaje del Partido por todas partes.

La segunda estación estuvo en terrenos cerca de donde años más tarde habría de construirse el Aeropuerto Internacional. Era una casa bastante más holgada, de solar amplio, cuyos límites eran difíciles de precisar con la mirada. Un buen campesino, amigo de la casa, se ocupó de cultivarlo, con verduras y hortalizas. Como se producían más que las necesarias para cubrir el consumo del hogar, vecinos y visitantes de la casa de Muñoz solían beneficiarse de la fertilidad de aquellos terrenos.

Frente al solar, al otro lado de la carretera, había una pequeña sabana, no muy lisa que digamos, donde algunos días y a instancias de don Luis, algunos amigos le acompañaban en un juego de pelota. La base favorita del prócer era la primera que desempe-



ñaba con gran "elan" y con todos los manierismos, gestos y contorsiones de los profesionales de ese deporte. Me imagino que prefería servir que ocupar su turno al bate y, en consecuencia, raras veces optó por correr las bases, haciéndose sustituir por corredores menos sedentarios.

Con toda su tradición de elegancia me atrevo a afirmar que La Fortaleza nunca fue una vivienda favorita de Muñoz no obstante el respeto que hubo de inspirarle. Disfrutó sí de ciertos rincones favoritos admirables: la vista sobre la boca de la bahía desde la terraza del último piso, y desde la del primero, y los jardines. Pero cuantas veces tenía tiempo y oportunidad de hacerlo, se escapaba para su casa en Trujillo Alto, o Jájome, o a la playa de Luquillo, a la de El Convento, o al Yunque.

Claro que el restorán del Yunque, y el Yunque todo, aunque caminado por él, no era una casa de Muñoz. Tampoco la casilla de peón caminero entre Guayama y Cayey que con el tiempo, muchos años atrás, vino a convertirse en la residencia campestre del Gobernador de Puerto Rico. Aquello sí llegó a ser una casa de Muñoz. No por derecho de propiedad sino por cariño.

Esta casilla, bastante amplia a pesar de su nombre, tiene un balcón, casi terraza que constituye un miradero hacia el suroeste. Desde allí las montañas van descendiendo hasta la costa. Pueden verse el valle costanero y de noche las luces del pueblo de Salinas. La vivienda ofrece comodidad sin lujo, ambiente para el descanso, pero también para el trabajo. Con ambos propósitos lo utilizaba Muñoz, a plenitud.

Una noche memorable Luis Palés, que en las tertulias, si éstas se prolongaban, pasaba de manifestarse simpatizador de los Populares, a hacer profesiones de fe sucesivas de independentista, nacionalista, y marxista, en riguroso orden, estaba recitando, como tan bien sabía hacerlo, algunos de sus poemas.

Le tocó el turno a la conocida "Canción Festiva para ser Llorada," que comienza con los siguientes versos:

Cuba -- ñañigo y bachata --  
Haití -- vodú y calabaza --  
Puerto Rico -- burundanga --

Palés se interrumpió a sí mismo, y con ojos aguados de gran tristeza murmuró: "No. No, burundanga, no."

Y tuvo que ser por darse cuenta de que la supuesta festividad de su canción no cuadraba mucho con el respeto de Muñoz a la gente de su país.

Aunque Muñoz ocupaba para estos años La Fortaleza como residencia oficial, la de Trujillo Alto siempre fue su hogar. La obtuvo, primero en alquiler de William Sinz, profesor de idiomas de la Universidad. Sinz perteneció a un grupo de estadounidenses que vinieron a enseñar a Puerto Rico y decidieron quedarse definitivamente en la isla e incorporarse a nuestro pueblo. A pesar de que el canon era sumamente módico, todos los años Sinz le devolvía a Muñoz parte del mismo para que la invirtiera a su gusto en alguna que otra mejora. Después le recomendó a don Luis que adquiriera la propiedad, lo cual éste hizo mediante préstamo a la Administración Federal de Hogares.

El solar, bastante amplio, siempre se conservó en su estado frondoso. Nunca se derribó un árbol. Se hizo una pequeña piscina, un torno de alfarería para hijos y nietos, y una barbacoa. Pero la gran mejora fue El Rancho, con piso de madera, columnas de troncos de árboles y techo de yaguas. Era el rincón favorito de don Luis, como Jájome, lugar de esparcimiento y de trabajo.

Allí, cuantas veces les era dable, concurrían a cambiar impresiones Rómulo Betancourt, y José Figueres, las dos otras recias columnas de la izquierda democrática latinoamericana. Uno de los últimos visitantes antes de la muerte de Muñoz fue el aspirante a la candidatura Demócrata a la Presidencia de Estados Unidos, el Senador Edward M. Kennedy.

A pesar de lo acogedora, campestre y frondosa de su casa de Trujillo Alto, Muñoz quiso conservar un "pied a terre" en la montaña. La gente, no siempre caudalosa, sino hasta la mediana clase media de Guayama acostumbraba desde hace muchos años procurarse alguna casa en Jájome para evadir el acoso del sol en los veranos secos del sur. Muñoz adquirió una de éstas, más bien modesta, de madera, pero con vista hasta la costa. Desde allí acostumbraba caminar a pie distancias que apenas podíamos resistir los más jóvenes, deteniéndose en cafetines y casas para cambiar impresiones con los campesinos.

Ese era Muñoz, mejor dicho: "ese es".

## **JUNTA DE DIRECTORES**

Salvador E. Casellas  
Presidente

Ricardo Alegría  
Heriberto Alonso  
Jaime Benítez  
Reece Bothwell  
Hiram Cancio  
Roberto de Jesús Toro  
Pedro Galarza  
José Ramón González  
Víctor Gutiérrez Fulladosa  
José Luis Mendoza  
Teodoro Moscoso  
Rafael Muñoz Arjona  
Fernando Picó  
Rubén Rodríguez Antongiorgi  
José A. Trías Monge  
Efraín Vassallo

## **COMITE ASESOR**

Gustavo Agrait  
Jorge Bird  
Antonio J. Colorado  
Thomas Hughes  
Marta Casals de Istomin  
Julián Marías  
Rafael Picó

## **DIRECTOR EJECUTIVO**

Luis E. Agrait

**FUNDACION LUIS MUÑOZ MARIN, INC.**

Apartado 2367

Correo General, San Juan, Puerto Rico 00936

Tels.: 755 - 7979 / 761 - 7442 / 755 4506

Fax: 755 - 0240